

cen principios que no tienen certeza alguna, y sacan consecuencias que no tienen conexión con ellos. Hacen á Dios de la misma naturaleza que los hombres: le atribuyen propiedades humanas, y juzgan de él por sí mismos. Quieren que en el otro mundo tenga la misma conducta que tiene en este; y porque en esta vida está lleno de bondad y de misericordia para con los pecadores, quieren que sea lo mismo en la otra; y porque una eternidad de suplicios sobrepasa su inteligencia, y los malvados en las llamas les causan compasión, quieren que lo mismo sea de Dios... El alma fiel cree á la palabra de Dios, y en ella encuentra la tranquilidad del espíritu. Sin querer profundizar el abismo de las riquezas de su sabiduría y de su ciencia, se aprovecha aquí en la tierra de sus misericordias, espera sus recompensas, y teme sus castigos. Pero ¿cómo la aparición de un muerto, sin consecuencia, sin conexión y sin autoridad, podía refrenar en el incrédulo la pasión de razonar, si la palabra de Dios continuada desde Adán, desde Moisés, y desde Jesucristo hasta nosotros, si esta palabra tan instructiva, tan resplandeciente, apoyada sobre tantos prodigios, anunciada con tanto esplendor, no la puede refrenar?

Lo 3.º *La aparición de un muerto no pondría remedio á las pasiones desenfrenadas de su corazón...* Confesémoslo sinceramente; el interés solo es el que nos hace dudar de la otra vida y de una eternidad: esta verdad la procuramos oscurecer solo en favor del pecado y de las pasiones... ¡Ah! en los días felices de nuestra inocencia no teníamos sobre esto duda alguna. Ni aun cuando después de algunas caídas habíamos recurrido á la penitencia, y estábamos aplicados á domar nuestras pasiones, y conseguíamos de ellas gloriosas victorias, dudábamos de ello. Solo después que hemos empezado á ceder á su esfuerzo, á dejarnos arrastrar y llevar de su corriente, entonces nos hemos vanamente persuadido que no hay infierno, que no hay eternidad... ¡Oh pecador! ¡oh necio! tú contradices las luces de la razón, los remordimientos de la conciencia, la voz de la naturaleza, el grito de las naciones, y toda la majestad de la Religión: pides la resurrección de un muerto para creer un infierno; deberías antes pedirla para asegurarte que no lo hay, y entonces poder darte impunemente en presa del pecado. En todo otro cualquier negocio en que te corre mayor riesgo el partido debe ser el mas seguro, y aquí para poner en peligro tu ser y la miseria eterna de tu ser no pides prueba alguna, mientras que de la parte en que no temerías algun riesgo no te falta ninguna prueba, y ninguna te puede satis-

facer. ¡Ah! reconoce una vez que la pasión sola es la que te puede cegar á este término.

*Petición y coloquio.*

Ó Dios mio, por vuestra gracia especial y no merecida estoy aun en el mundo, como estaban los hermanos del rico malvado, y puedo sacar provecho de su desgracia. ¿Qué otra cosa espero yo para tomar y cumplir buenas resoluciones? ¿Querré acaso ver un muerto resucitado? Pero ¿qué me diría un réprobo que se me apareciese, sino lo que me dice el rico condenado? «Yo estoy atormentado en esta llama...» Una tal visión ¿sería acaso mas cierta para mí que el Evangelio? Yo tengo la Escritura: ¡ah! si no me aprovecho de ella, tampoco daría fe á las palabras de un muerto resucitado. Con que, ó Dios mio, quiero concluir de una vez; depongo todo espíritu de orgullo, léjos de mí toda semilla de endurecimiento, creo que hay otra vida, y quiero merecerla, queriendo solo servirme de la presente para Vos y en una manera digna de Vos. Amen.

MEDITACION CCV.

DE ALGUNAS INSTRUCCIONES QUE EL SALVADOR REPITE Á SUS DISCÍPULOS.

(Luc. xvii, 1-6).

1.º Sobre el escándalo; 2.º sobre el perdón de las ofensas; 3.º sobre la fe.

PUNTO I.

*Sobre el escándalo.*

Lo 1.º *No os debeis sorprender del escándalo...* «Y dijo (Jesús) á sus discípulos: Es imposible que no vengan escándalos...» Es verosímil que el Salvador se hallase solo con sus discípulos cuando tuvo con ellos este discurso... Esta necesidad del escándalo no viene de otra causa que de la corrupción y de la malicia de los hombres, pues los hombres, siendo tales cuales son, no es posible que no sucedan escándalos en el mundo, en la Iglesia y en los estados aun los mas santos. ¿No acaeció esto por ventura en el colegio mismo de los primeros Apóstoles? Es imposible que esto no suceda, y es mas importante de lo que pensarán algunos el estar bien convencidos de esta verdad para no quedar sorprendidos de los escándalos, para no vacilar en la propia fe, y para que no nos aparten de



la práctica de la virtud. Si vemos escándalos, no quedemos sorprendidos viviendo nosotros entre hombres. Si sucede un escándalo, no nos conturbemos por él; es un hombre el que lo ha dado, es un hombre débil como nosotros; pero guardémonos nosotros de propagarlo por nuestra malicia, y de suponer culpados de él á otros muchos que están tan inocentes en el caso como nosotros. Si estos escándalos se multiplican, no pensemos por esto que todo está ya perdido, ó que la Providencia no gobierne el mundo; porque estos escándalos mismos están ya predichos.

Lo 2.º *No se debe dar escándalo...* «Pero ¡ay de aquel por quien vengan! Mejor seria para él que se le pusiese al cuello una piedra de molino y lo arrojasen al mar, que escandalizar á uno de estos pequeñuelos...» Estén escondidos cuanto quieran, y multiplíquense estos escándalos; Dios sabrá muy bien distinguir el autor. De lo que nos dice aquí el Salvador podemos juzgar cuál será despues la vengauza que tomará. ¡Ah! meditemos estas palabras. Examinémonos á nosotros mismos, principalmente sobre lo que mira á los pequeños, esto es, á aquellos que por su edad ó por su condicion son inferiores á nosotros.

Lo 3.º *Guardémonos de tomar escándalo...* «Estad atentos á vosotros mismos...» Estad atentos no solo para no ser sorprendidos del escándalo y para no darlo, sino tambien para que el escándalo no llegue á vosotros, y no os sirva de ocasion de caida. No os imaginéis que una cosa sea permitida porque otros la hacen, ó que ella sea irreprochable delante de Dios porque lo es delante de los hombres. La ley de Dios, el Evangelio, la conciencia, la Iglesia; estas son las que deben ser reglas para vosotros, y no la práctica, la costumbre y la usanza del mundo.

### PUNTO II.

#### *Sobre el perdon de las injurias.*

«Si tu hermano pecare contra tí, repréndelo: y si se ha arrepentido, perdónale: y si siete veces al dia pecare contra tí, y si siete veces al dia vuelve á tí, diciendo me arrepiento, perdónale...»

Lo 1.º *De las ofensas que hacemos á los otros...* Estemos atentos para no ofender á alguno; pero si por viveza ó por inadvertencia le ofendemos, suframos que nos reprenda, y escuchemos su correccion con humildad: si no nos reprende, reprendámonos nosotros mismos, y reconozcamos nuestra falta; vamos despues á encontrarlo,

digámosle que nos hemos arrepentido, y supliquémosle que nos perdone.

Lo 2.º *De las ofensas que los otros nos hacen...* Reprendamos con dulzura á aquellos que nos ofenden, perdonémoslos en nuestro corazon, y luego que ellos se reconocen asegúrelos que nosotros los perdonamos, sin que la multitud de sus recaidas cansen nuestra paciencia y resfrien nuestra caridad.

Lo 3.º *De las ofensas hechas á Dios...* ¿Quién es aquel hombre que siete veces al dia venga ofendido, á quien se le pida perdon siete veces al dia, y que deba conceder este perdon? ¿Quién es aquel que tenga una tan grande dulzura, y que tenga ocasion de ejercitar una tan grande caridad? ¡Ah Señor! sois Vos, es vuestra divina caridad la que aquí manifestais y que quereis que venga ejercitada por vuestros Apóstoles con los pecadores arrepentidos. De hecho, apenas vuelve á Vos sinceramente y sabe deciros esta afortunada palabra... *Yo me arrepiento*, Vos todo lo olvidais, Vos todo lo perdonais. Apenas os ofendo, me reprendeis; apenas me arrepiento, Vos me perdonais. ¡Ay de mí! á cada momento os ofendo, y mas de siete veces al dia, y á cada momento Vos estais pronto para perdonarme. ¡Oh dulzura inefable, oh bondad infinita, Vos pedis de mí estas dos solas condiciones, que me arrepienta y que perdone!

### PUNTO III.

#### *Sobre la fe.*

Lo 1.º *De la disminucion y frialdad de la fe...* «Y los Apóstoles dijeron al Señor: acreciéntanos la fe...» Los Apóstoles no habian sido reprendidos jamás de Jesucristo por haber faltado á la caridad; pero sí, y bien frecuentemente, por haber faltado á la fe. Esto es, por ventura, lo que les hace decir al Salvador: *acreciéntanos la fe...* La fe es un don de Dios en su principio, en su aumento y en su perfeccion. Nuestros cotidianos pecados, nuestra disipacion y el contagio del mundo no dejan de disminuir en nosotros la fe. Presentemente acaso tenemos menos que en nuestra edad mas tierna: la disminucion de la fe insensiblemente hace que pequemos con mas frecuencia, mas gravemente, y con menos dificultad. Esta disminucion nos hace pesado el yugo del Señor, la virtud dificil, la frecuencia de los Sacramentos insípida, y la práctica de la oracion y del recogimiento enfadosa y molesta. Avivemos, pues, aquella poca fe que nos queda aun, y trabajemos para aumentarla.



Lo 2.º *Del aumento de la fe...* La fe se aumenta por medio de la oracion, de la instruccion y de las obras... Pidamos continuamente al Señor que aumente en nosotros la fe. Esta súplica de los Apóstoles sea nuestra oracion ordinaria, principalmente en las tentaciones, en los disgustos y en las ocasiones de ejercitar una virtud que nos cuesta dificultad. Pero orando trabajemos de nuestra parte para aumentar nuestra fe por medio de piadosos discursos, de buena leccion y de santas meditaciones.

Lo 3.º *Del uso de la fe...* «Y dijo el Señor: Siuviéreis fe cuanto un grano de mostaza, diréis á este árbol de moras, desarraígate, y trasplántate en el mar, y os obedecerá...» Manera de hablar bien enérgica para exprimirnos la fuerza de la fe. No, sin duda, no han hecho jamás los Apóstoles uso de su fe para obrar tales maravillas inútiles y de ostentacion, ni esta era la intencion del Salvador, ni este es el sentido de sus palabras. Mas los Apóstoles confirmados en la fe obraron otras maravillas mucho mas útiles y resplandecientes, echando los demonios, curando enfermos, y resucitando muertos. Con esto convirtieron el mundo entero, y desarraigaron la idolatría que como precipitada en el fondo del mar no ha vuelto despues jamás á aparecer. ¡Ah! siuviésemos fe, no habria en nosotros inclinaciones ni hábitos que no cediesen á nuestras órdenes, y que no se desarraigaran hasta la última raíz para no brotar ya jamás. Esta es la fe que ha hecho triunfar los Santos del mundo, de los tiranos y de sí mismos... ¡Ah! hagamos uso de nuestra fe, y triunfaremos como ellos.

*Peticion y coloquio.*

Aumentadme á mí la fe, ó Señor y Salvador mio, dadme aquella fe viva que me haga tocar como con la mano las verdades de la salud; aquella fe ardiente que me saque fuera de la tibieza en que estoy, y me haga abrazar valerosamente las máximas que ella me enseña. No os pido ya, ó Señor, aquella fe que ha hecho obrar prodigios á vuestros Santos, sino aquella fe que los ha hecho santos; no aquella fe que los ha ilustrado á los ojos de los hombres, sino aquella fe que los ha hecho ser humildes, mortificados y enemigos de sí mismos, y finalmente aquella que los ha hecho agradables á vuestros ojos. Amen.

MEDITACION CCVI.

PARÁBOLA DEL SIERVO QUE HACE LO QUE DEBE.

(Luc. xvii, 7-10).

Consideremos: 1.º el trabajo exterior; 2.º el trabajo interior; 3.º los sentimientos de este buen siervo.

PUNTO I.

*Del trabajo exterior del siervo bueno.*

Los Apóstoles, cuya fe debia obrar grandes maravillas, tenian necesidad de una grande humildad para no gloriarse, ni de sus inmensos trabajos, ni de su éxito feliz. Por esto les propuso el Salvador una parábola muy propia para instruirlos, y para instruirnos á nosotros mismos. Se trata de un señor que teniendo un siervo lo aplica al trabajo.

1.º *Trabajo dependiente y mandado...* «¿Quién, pues, hay de vosotros (dice Jesucristo) que teniendo un siervo que ara, ó hace «de pastor, cuando vuelva del campo le diga, pasa luego, ponte á «la mesa?...» El señor ocupa al siervo como le agrada. El siervo hace la voluntad de su señor, y no la suya. Si el señor lo envia al campo, va allá; si le manda labrar, ó apacentar el ganado, lo hace... Este mundo es el campo del Señor, y los hombres son su rebaño. Los Apóstoles han trabajado y cultivado este campo, han conducido el rebaño y lo han apacentado. Toda su vida externa ha estado empleada en hacer en esto la voluntad de su Señor. Los hombres apostólicos han recibido de Dios el mismo empleo; los pastores de la Iglesia, segun su grado, mas ó menos tienen tambien parte. Todos los hombres, de cualquiera condicion que sean, son los siervos de Dios; él los ha puesto en este mundo para trabajar cada uno segun su estado y segun la voluntad de su soberano Señor. ¿Cómo cumplimos nosotros esta obligacion?

2.º *Trabajo penoso y enfadoso...* Trabajar la tierra, hé aquí lo penoso; conducir el rebaño, hé aquí lo enfadoso: esto es lo que Dios mandó, y á lo que fue condenado el hombre pecador. En cualquiera estado que la Providencia nos coloque hemos de trabajar siempre como pecadores para cumplir con nuestra obligacion; si en nuestro trabajo encontramos dificultad, peso ó fastidio, guardémos de quejarnos ó de dispensarnos de él.

3.º *Trabajo asiduo y constante...* Á la tarde solamente vuelve el



siervo de la campiña, donde lo ha enviado su señor, y donde ha trabajado todo el día; y si vuelve á la tarde para tomar un poco de reposo, lo hace para volver al trabajo la mañana siguiente, y continuarlo así todos los días. Tal debe ser la vida del hombre sobre la tierra mientras que goza de sanidad. Debe continuamente ocuparse en un trabajo proporcionado á sus fuerzas, pero útil y sério, y trabajar así hasta la muerte. Tal es la voluntad de nuestro Señor; pero ¿cómo la cumplimos nosotros? Nos pedirá de esto cuenta: ¿cómo nos tratará, pues, si al fin de nuestros días no tenemos que presentarle otra cosa que una vida pasada en las delicias, en el ocio, en la delicadeza, ó en un trabajo que no era para él, que él no lo había mandado, y acaso que él lo tenía prohibido?

## PUNTO II.

*Del trabajo interno del siervo bueno.*

«Y no le diga: antes bien hazme la cena, prepárate, y sírveme «mientras como y bebo; despues comerás tú y beberás...» Despues del trabajo externo de la campiña le queda aun un trabajo interno y doméstico.

1.º *Trabajo honroso...* El siervo que ha empleado sus atenciones en los bienes de su señor debe tambien emplearlas por el mismo señor, y servir al mismo. Los Apóstoles, despues de haberse empleado todo el día por las necesidades del prójimo en las funciones del apostolado, pasaban buena parte de la noche con Dios en oracion. Despues de haber nosotros trabajado en el curso del día para cumplir las obligaciones de nuestro estado debemos antes de nuestro reposo señalarnos un tiempo para atender á la oracion, para alabar á Dios, para darle gracias, para darle cuenta de nuestro trabajo, para pedirle perdon de nuestras faltas, y la gracia de pasar mejor el día siguiente. Tambien por la mañana debemos fijar un tiempo semejante para ofrecerle nuestros homenajes, para pedirle su socorro y ofrecerle nuestro trabajo. ¿Qué cosa hay mas honrosa para un siervo que servir de este modo á su señor, que recibir sus órdenes, que entretenerse con él?

2.º *Trabajo indispensable...* Sin este trabajo interno el externo es muy sospechoso. El siervo que tiene cuidado del bien de su señor, y despues rehusa servir á su persona, no cumple su obligacion, no puede agradar á su señor, y muestra no amarlo... Guardémonos bien que nuestro trabajo externo, aun cuando sea estimado de los

hombres, aun cuando sea útil á otros, aun cuando sea para nosotros gravoso, nos impida servir á nuestro Señor; porque seria entonces un trabajo solo de capricho, de inclinacion, de vanidad ó de necesidad, y no un trabajo de obligacion que pueda agradar á Dios. Y si al trabajo externo de la accion unimos el trabajo interno de la oracion y de la devocion, podemos esperar entonces haber cumplido con nuestro deber.

3.º *Trabajo recompensado...* Despues de haber cumplido el siervo todas sus obligaciones dentro y fuera, en campiña y en casa, entonces le toca á él alimentarse, y despues tomar su reposo. Entonces justamente un alma fiel gusta la satisfaccion de haber servido á su Señor, de haberle agrado, de estar en su gracia, y de tener su aprobacion... Pero ¿podemos nosotros oír estas palabras del Salvador... *Comerás y beberás tambien tú...* sin acordarnos del pan y del vino que él mismo nos ha preparado? ¡Oh alimento divino! ¡oh qué delicias gusta en él el alma! ¡oh digna recompensa de los trabajos de esta vida y prenda segura de una recompensa eterna!... Nosotros no nos reprendemos en cosa alguna tal vez sobre el trabajo externo; pero el interno ¿cómo lo hacemos, cómo lo cumplimos? ¡Ah! olvidándolo: no nos maravillamos si no gustamos la dulzura del servicio de Dios, y si nos acercamos hasta la comunión sin fervor y sin devocion.

## PUNTO III.

*De los sentimientos del siervo bueno.*

*Sentimientos de humildad...* Jesucristo propuso justamente esta parábola, para establecer á los Apóstoles en la humildad. Habiendo, pues, expuesto las obligaciones cumplidas por el siervo, pregunta el Salvador: «¿Por ventura debe dar gracias á aquel siervo, porque «ha hecho lo que le mandó? Pienso que no. (*Despues añade*). Así «tambien vosotros, cuando habréis hecho todo aquello que se os ha «mandado, decid: somos siervos inútiles, hemos hecho lo que debíamos hacer...» No se tiene obligacion alguna al que nos da lo que nos debe; ¿de qué, pues, ensoberbecernos? ¿Por qué tener nosotros tanta satisfaccion y tanta estima de nosotros mismos, habiendo solamente hecho lo que se nos ha mandado? Digamos, pues, entonces con sinceridad: «somos siervos inútiles...» *Siervos inútiles respecto al éxito...* El éxito, no solo en lo que mira á la salud del alma y á la gloria de Dios, sino tambien en todos los otros negocios que em-



prendemos depende totalmente de Dios, y á él se debe referir del todo... *Siervos inútiles* en orden á los medios... Los medios que empleamos para procurar la gloria de Dios ó para otra cualquiera cosa ¿no nos los ha dado por ventura Dios? El espíritu, los talentos, las fuerzas, la vocacion, las ocasiones, todo viene de Dios, y á él pertenece... Finalmente, *siervos inútiles* en orden á la misma voluntad y al buen uso que hacemos de nuestra libertad. Esta buena voluntad no podemos nosotros dársela á nosotros mismos; nos la da Dios. Sin el socorro de su gracia no podemos elegir el bien, y huir y evitar el mal; si hacemos buen uso de nuestra libertad, y nos determinamos al bien, lo debemos al socorro de su gracia. Por esto, no solo debemos á Dios nuestros servicios, sino que de él reconocemos tambien el poder y el querer servirlo: por esto nuestro trabajo y nuestra fidelidad, nuestra exactitud y nuestros méritos son dones de Dios, y cuando nos recompensará nuestros méritos, recompensará sus propios dones... La humildad, pues, no está fundada sobre la mentira, sino sobre la verdad. Los mas grandes Santos, mas fieles siervos de Dios, que mas han trabajado y mas han merecido, han sido los mas humildes, y han reconocido mejor delante de Dios su inutilidad... Pero ¡ay de mí! ó Señor, tengo tambien otros muchos motivos de humillarme. Bien léjos de poder decir que he hecho lo que debia, ¡ah! ¿cómo es posible que no pueda ser humilde despues de haberos servido tan mal, despues de haberos ofendido tantas veces, despues de haber por tan largo tiempo quebrantado vuestra ley y resistido vuestra gracia? Y con todo eso, hago de mí un gran concepto y quiero ser estimado. El mas mínimo indicio de desprecio, la mas mínima humillacion me saca fuera de mí mismo; una palabra, una falta de atencion, una cosa de nada, me ofende, me turba, me irrita. ¡Oh Dios! ¿cómo pueden juntarse en mí tanto orgullo y tanta soberbia con tantos motivos para humillarme?

Á estos sentimientos de humildad, que son el fin y el objeto de la parábola, añadamos aun estos dos, que ciertamente le son muy propios:

1.º *Sentimientos de reconocimiento*... No: el señor no tiene alguna obligacion al siervo por haber hecho lo que se le ha mandado hacer. Pero ¿cuán obligado no está el siervo á su señor por haberlo sacado de la miseria, recibéndolo en su servicio, y conservándolo en él?

2.º *Sentimientos de amor*... ¡Oh y cuánto merece ser amado un buen señor! ¿Hay por ventura otro mejor que aquel á quien nos-

otros servimos? ¿Hay por ventura otro mas dulce, mas compasivo y mas magnífico en sus recompensas?

*Peticion y coloquio.*

«Sí, ó Señor, soy con mucha distancia mucho mas vuestro que un esclavo: mi obligacion es de serviros, en esto encuentro mi provecho y mi gloria: Vos podeis obrar sin mí, sin perder cosa alguna de lo que es vuestro; Vos podeis exigir de mí todo cuanto soy y cuanto puedo, sin deberme cosa alguna; pero es tal vuestra grandeza, es tal vuestra infinita misericordia, que quereis tener cuenta hasta de mis mas mínimos deseos de serviros y de agradaros, y quereis recompensarme como si todo me lo debiéseis. ¡Qué exceso de bondad! para merecerla todavía mas, ó Dios mio, resuelvo duplicar mis esfuerzos y mis trabajos; pero sin cesar de mirarme siempre como un siervo inútil... Amen.

MEDITACION CCVII.

JESÚS YENDO Á JERUSALEN PARA LA FIESTA DE LA DEDICACION SANA DIEZ LEPROSOS.

(Luc. xvii. 14-19).

Observemos: 1.º la súplica de los leprosos; 2.º su fe; 3.º su reconocimiento.

PUNTO I.

*Su súplica.*

«Y sucedió, que yendo á Jerusalem, pasaba por medio de la Samaria y de la Galilea. Y entrando en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon á lo léjos, y alzaron la voz diciendo: Maestro Jesús, ten piedad de nosotros...» Quiso Jesús comparecer aun otra vez en Jerusalem antes del último viaje que debia hacer para consumir allí su sacrificio. Dejó, pues, la Galilea, y despues de haber recorrido esta provincia, atravesó la Samaria, y entró en la Judea. Estaba para entrar en una aldea, que acaso era la de Betania, donde vivian Marta, María su hermana, y Lázaro su hermano, que no estaba muy distante de Jerusalem, cuando diez leprosos, de los cuales nueve eran judíos y el décimo samaritano, estando informados de su pasaje, se unieron para pedirle su sanidad. Observemos las cualidades de su súplica.

Lo 1.º *Súplica humilde*... Se paran léjos de Jesús, y fuera del ca-



mino, como ordenaba la ley á los leprosos... Así tambien nuestra oracion debe ser humilde, y ésta humildad debe nacer del conocimiento de nuestra indignidad... ¿Quién soy yo delante de Vos, ó Dios de la santidad, sino un indigno leproso que no merece acercarse á Vos? Toda mi vida no es otra cosa que una lepra; tantos pecados que he cometido, tantas faltas é imperfecciones en que caigo cada dia, son otras tantas manchas que desfiguran mi alma, que la ensucian, que la hacen indigna de acercarse á Vos. Me estoy, pues, léjos y aparte, reconozco mi indignidad; pero de el fondo de mi miseria gritaré hácia Vos, ya que me es aun permitido el implorar y esperar vuestras misericordias.

Lo 2.º *Oracion fervorosa...* Luego que los leprosos vieron á Jesús en una tal distancia de poderlos oír alzaron la voz, y se pusieron á gritar... Gritaban, porque estaban apartados... Quanto mas distante de Dios se siente una alma tímida, perezosa y disipada, tanto mas debe alzar la voz y gritar hácia él. Gritaban tambien por el deseo que tenian de su sanidad, y por el temor en que estaban de que se les escapase una ocasion tan bella... ¡Ah! si conociéramos la miseria de estar léjos de Dios y separados del comercio de los santos, ¿con qué ardor no pediríamos ser librados de aquellos pecados, de aquella tibieza, de aquella dureza de corazon, de aquella disipacion, de aquella indevoción, que son la causa de una tan funesta separacion?

Lo 3.º *Súplica esclarecida...* Los dos títulos que los leprosos dan á aquel, cuyo socorro imploran, son los de Jesús, ó de Salvador y Maestro... La codicia y la ignorancia son una lepra doble que contrajimos antes de nacer, y de la que el Bautismo no nos ha librado, borrando el pecado original. Pero tenemos en Jesucristo un Salvador para hacernos triunfar de las pasiones de nuestro corazon, y un Maestro para disipar las tinieblas de nuestro espíritu. Invoquémoslo, pues, bajo de estos dos títulos... Jesús, Salvador mio, y mi Maestro, derramad sobre mí vuestra gracia divina, que es una gracia de fuerza y de luz, para que jamás ni el pecado ni el error me separen de Vos.

Lo 4.º *Súplica comun...* La misma desgracia y la misma esperanza habia unido y juntado estos infelices, sin distincion de país ni de nacion... Levantaron juntamente la voz, y suplicaron, no cada uno de por sí, sino en comun y por todos... «*Ten piedad de nosotros...*» Esta union de oracion, tan encomendada por Jesucristo mismo, no podia no serle acepta, y obtenerlo todo de él, segun su promesa...

Unámonos, pues, todos juntos para implorar las misericordias del Señor. Si nosotros nos separamos de la union de religion, si no nos unimos á la oracion comun que se hace en la Iglesia y en la propia parroquia, no estando impedidos por un legítimo motivo, nos exponemos visiblemente á ser privados de muchas gracias; cuando al contrario, unidos todos juntos, ó se enciende nuestro fervor, ó mutuamente se comunica. El fervor de los unos suple por la negligencia de los otros, y aquel grito comun hace una armonía dulce y una dulce violencia al Señor, cuya bondad no puede hacer allí resistencia alguna.

## PUNTO II.

*De su fe.*

Lo 1.º *Fe humilde y sin queja...* «Habiendo oido Jesús sus gritos...» Mirándolos, dijo: Id, mostraos á los sacerdotes... ¡Qué majestad, qué poder en este mandato! pero era menester una fe bien humilde para ejecutarlo sin quejas. Era costumbre de Jesucristo, cuando sanaba algunos enfermos, tocarlos, y hablarles con bondad. Lo mismo habia hecho con el leproso que habia sanado, bajando del monte; pero á estos no les deja acercarse, no los toca, nada les dice, y nada les promete; solo les grita desde léjos que se retiren, y que vayan á dejarse ver de los sacerdotes. Un sentimiento de orgullo en estos leprosos habria acaso impedido su sanidad. En una ocasion casi semejante el orgullo de Naaman, aquel señor de la Siria que fué á encontrar al profeta Eliseo para ser sanado de su lepra, faltó poco para hacerle perder el fruto de su viaje<sup>1</sup>. Nosotros queremos que los enviados de Dios nos sirvan segun nuestro gusto, segun nuestras ideas, y segun nuestras pretensiones. Si un confesor, si un director, si un predicador falta á ciertos respetos que pretendemos de él, nuestro orgullo se irrita; se suscitan en nuestro corazon amargos lamentos, y á las veces revientan; se sigue el despecho; y por falta de humildad nos quedamos sin la salud.

Lo 2.º *Fe simple y sin razonamiento...* La ley de Moisés, que seguian tambien los samaritanos, obligaba á los leprosos á presentarse á los sacerdotes, pero cuando ya estaban sanos; para que estando auténticamente reconocida su sanidad, fuesen restablecidos en el comercio de la vida civil; pero estos podian decir: somos enviados á los sacerdotes, y no estamos sanos; ¿qué cosa hemos de hacer nosotros allí en el estado en que nos hallamos? Así discurría Naaman,

<sup>1</sup> IV Reg. v, 11.



enviado por el Profeta á las aguas del Jordan... ¿Que no tenemos por ventura nosotros en Siria rios que valgan por Jordan? ¿Y qué, se habrá siempre de razonar con Dios en hechos de religion? ¡Ah! dejémonos guiar; creamos y obedezcamos con simplicidad. Este es un homenaje que Dios pide de nosotros, y á que ha vinculado nuestra salvacion. Los leprosos no razonaron; obedecieron, y su fe fue coronada.

Lo 3.º *Fe recompensada sin dilacion...* «Y mientras iban, que-  
«daron limpios...» Lo mismo sucedió á Naaman cuando finalmente obedeció al Profeta. Lo mismo sucederá á quien renunciando á sus prejuicios, á su orgullo, á sus ideas y á sus falsos razonamientos, irá donde Dios lo envia, y caminará con humildad y simplicidad en el camino que el Señor le ha prescrito, sujetará su juicio al de la Iglesia, creará la perpetuidad, la indefectibilidad y la santidad de esta Iglesia, recibirá de ella las Escrituras, los Sacramentos, las ceremonias, los ejercicios, las decisiones y las leyes. Este hallará en su fe y en su obediencia la paz del corazon, la tranquilidad del espíritu, la pureza del alma, su sanidad y su salvacion.

Lo 4.º *Fe dócil hasta el fin...* No nos dice el Evangelista que estos leprosos se hayan efectivamente presentado á los sacerdotes; pero fuera de que esta era una práctica mandada formalmente en la ley, y comunmente observada, la orden que habian recibido de su poderoso Libertador no permite dudar que no se hayan conformado con ella. Se presentó sin duda el samaritano como los otros á los sacerdotes de Jerusalem sin andar á buscar los sacerdotes cismáticos de Samaria, á los cuales entendió muy bien que Jesucristo no lo habia enviado. Por cualquiera gracia que se haya recibido del cielo, nada nos dispensa de la observancia de la ley, ninguna cosa puede apartarnos de la jurisdiccion de los superiores legitimos. Donde faltan la docilidad y la obediencia no puede haber otra cosa que error y engaño.

### PUNTO III.

#### *De su reconocimiento.*

Lo 1.º *Consideremos cuán justo es el reconocimiento para con Dios...*  
«Y uno de ellos, cuando vió que habia quedado limpio, volvió atrás,  
«glorificando á Dios en alta voz...» Uno de estos diez leprosos, que era el samaritano, viendo que su sanidad era cierta, y que no le quedaba vestigio alguno de su lepra y de su impura deformidad, reflexionando por otro lado con qué bondad, á su primera súplica,

y con qué poder, y con un solo acto de su voluntad los habia Jesús sanado á todos, entró en un tan grande exceso de júbilo, de admiracion y de reconocimiento, que sin pensar á gozar de su fortuna, volvió inmediatamente atrás para dar las gracias á su divino Libertador... ¿No tenemos por ventura nosotros los mismos motivos de reconocimiento? ¿No nos colma Dios en todos los instantes de sus beneficios con la misma bondad, con la misma potencia, salvándonos de nuestros pecados, librándonos de mil males? ¿Cuánto, pues, debe ser nuestro reconocimiento?

Lo 2.º *Consideremos cuán expresivo debe ser nuestro reconocimiento para con Dios...* «Y se postró en tierra á sus piés, dándole gracias; y era este un samaritano...» Este samaritano volvió atrás á encontrar á Jesús en donde lo habia visto próximo á entrar, y volvió allí alabando á Dios en alta voz, y no cesando en todo el camino de celebrar sus beneficios. Luego que llegó delante de Jesucristo se echó á sus piés postrándose en tierra. ¡Ah! ¿quién podria decir cuáles fueron entonces los sentimientos de su corazon? Apenas podia exprimirlos débilmente con la boca; pero Jesús los veia, y su postura los indicaba... ¡Ay de mí! ¿No deberia yo estar continuamente postrado á vuestros piés, divino Salvador de mi alma, Vos que me habeis librado, no una vez sino tantas de una lepra mucho mas vergonzosa y para mí mas peligrosa, de la lepra de mis pecados; Vos, que no contento de limpiarme, os dignais tambien de alimentarme de vuestra carne, y de darme á beber vuestra sangre, y de comunicarme vuestro ser divino? ¡Ah! ¿no deberia toda mi vida ser un continuo hacimiento de gracias por tantos beneficios? Y con todo eso es bien débil mi agradecimiento; jamás hablo de vuestras gracias, ni jamás las considero para conmigo mismo.

Lo 3.º *Consideremos cuán raro es el reconocimiento para con Dios...*  
«Y respondiendo Jesús, dijo: ¿Por ventura no son diez los que han  
«quedado limpios? Y los nueve ¿dónde están? ¿No se ha hallado  
«quien volviese y diese gloria á Dios sino este extranjero?...» El que sabia tan bien el número de los leprosos que habian quedado sanos, no ignoraba dónde se hallaban los nueve ingratos de quienes daba las quejas; pero habla así para darnos á entender cuán raro es el reconocimiento, y quiénes son los que por lo ordinario son los mas ingratos... Despues de una solemnidad, de una mision, de un retiro, despues de las fiestas de la Pascua, en que muchos pecadores han sanado de su lepra, ¿se ven acaso muchos de estos en otra próxima fiesta volver al Salvador y mostrarle su reconocimiento?



¿De diez de estos apenas se ve uno? y los otros nueve ¿dónde están? Han puesto en olvido la gracia recibida, y acaso la han perdido ya. Atienden á sus intereses temporales, se abandonan á la disipacion, á la alegría, á los placeres, y acaso están sumergidos en sus mismos pecados, en sus mismos malos hábitos... Solo el extranjero se mueve al reconocimiento; porque se considera como el más indigno del favor que ha recibido. En nosotros quedan sofocados los sentimientos de gratitud; porque nos imaginamos, como los judíos, que todo nos es debido. ¡Ah! si por el contrario reflexionásemos que respecto de la fe somos nosotros extranjeros, en cuanto ella no nos es debida de modo alguno; si pensásemos que el deseo de recurrir á la penitencia es una gracia del Salvador; que aquella absolucion que recibimos con tanta indiferencia es el precio de su sangre y de su muerte; que es un exceso de sus misericordias, y que si hubiésemos muerto un momento antes de recuperar su gracia estábamos eternamente condenados; entonces por ventura reconoceríamos el precio de nuestra reconciliacion, y mostraríamos nuestro agradecimiento... Tal vez se mueven más al reconocimiento los más grandes pecadores; aquellos que parecían estaban más lejos de Dios, que aquellos que gozan cada día de sus beneficios.

Lo 4.º *Consideremos cuán útil es la gratitud, para con Dios, para el que está penetrado de ella...* «Y le dijo: Levántate; véte, que tu fe «te ha hecho salvo...» Los otros también habían sido salvos por su fe; pero no tuvieron la dicha de oírsele decir de la boca de Jesucristo mismo... ¡Ah! cuánto más iluminada, aumentada y ardiente quedó la fe del samaritano por esta divina palabra del Salvador! El temor de los sacerdotes había acaso sofocado en los nueve judíos la voz del reconocimiento. Pero si entonces fueron tan tímidos y tan ingratos, ¿cuáles vendrían á ser poco tiempo después, cuando la persecucion contra Jesucristo y sus Apóstoles se declaró manifiestamente? En orden á nuestro fiel samaritano, que había levantado la voz en Jerusalem y en la Judea, podemos bien creer que no guardó silencio cuando la Samaria hubo recibido la palabra del Evangelio<sup>1</sup>. La gratitud es un fuerte indicio de la perseverancia: la ingratitud anuncia la inconstancia.

*Petición y coloquio.*

Ó Dios mio, reconozco y deploro mi ingratitud para con Vos. ¡Ah! Señor, acoged un pecador que el reconocimiento conduce en este

<sup>1</sup> Act. viii, 14, 13.

instante á vuestros piés y quiere estarse aquí para siempre. Animad y fortificad Vos mismo la gratitud de que en este momento estoy penetrado, y hacedla estable y permanente, para que continuamente pueda sacar de ella un nuevo esfuerzo para caminar por las sendas de la justicia. Amen.

MEDITACION CCVIII.

DISCURSO DE JESUCRISTO CON LOS JUDÍOS DE JERUSALEN EN UN DIA DE LA FIESTA DE LA DEDICACION.

(Joan. x, 22-30).

1.º Jesucristo les reprende su incredulidad; 2.º les habla de sus ovejas; 3.º de sus misterios.

PUNTO I.

*De la incredulidad de los judíos.*

Lo 1.º *Incredulidad hipócrita...* «Y se hacia en Jerusalem la fiesta de la dedicacion, y era invierno. Y Jesús caminaba por el templo en el pórtico de Salomon. Y los judíos lo cercaron...» Cuando llegó el Salvador á Jerusalem se celebraba la fiesta de la renovacion de la dedicacion del templo, instituida por Judas Macabeo<sup>1</sup>. Esta fiesta se celebraba con octava, como las tres grandes solemnidades prescritas por la ley. Esta caía en el invierno, y comenzaba según nuestra manera de contar hácia el fin de diciembre, cerca de dos meses después de la fiesta de los Tabernáculos. Estaba ya el Salvador al fin del año treinta y dos de su edad, y bien presto iba á empezar el treinta y tres, que debía ser el último de su vida mortal. Si en el curso de esta fiesta no dió Jesucristo motivo de admiracion á los ojos de los judíos con alguna de sus maravillas con que había siempre señalado su demora en la capital, se puede decir que ya en ella se había hecho anunciar con diez milagros visibles en la persona de diez leprosos que había enviado á los sacerdotes: compareció en el templo bien temprano por la mañana, y como según la estacion hacia frio, se paseaba en el pórtico de Salomon esperando que la asamblea se juntase. Era este un grande atrio á que se había dado el nombre del primer fundador del templo. Apenas tuvieron noticia de la llegada de Jesús, se dieron prisa para venir á encontrarlo, y en poco tiempo se halló cercado de una grande multitud de oyentes. Los principales de los judíos y sus mortales ene-

<sup>1</sup> I Mach. iv, 56, 39.